

Herejía en la Verdad

VICTOR GARCIA

”El que piensa estar firme, mire que no caiga” (1ª Cor. 10:12).

“La verdad es comparada en las Escrituras a una fuente que fluye; si sus aguas dejan de fluir en progresión perpetua, se corrompen convirtiéndose en un pozo fangoso de conformismo y tradición. Si un hombre cree las cosas sólo porque su pastor dice así, o porque la congregación lo determina, sin conocer otra razón, puede convertirse en un herejico en la verdad. Aunque su creencia sea verdad, esa verdad que él sostiene se convierte en herejía.” (John Milton, Areopagítica)

La costumbre es una idiota, y quien dependa totalmente de ella, sin el discurso de la razón, se hará un esclavo merecedor del menosprecio y la censura. Hay tentaciones peculiares que asechan a los que sinceramente anhelan y se esfuerzan por edificar su vida espiritual sobre la roca de la Palabra. Una de ellas es la de convertirse en lo que Milton llama “un herejico en la verdad,” hundiéndose en un “pozo fangoso de conformismo y tradición.”

Dios conoce cuán engañoso es el pecado y sabe cuán corrupto es el corazón humano, por eso Él advierte que además de los pecados carnales y de la herejía doctrinal, existe el peligro de la contaminación interna y la herejía del corazón. En la Biblia encontramos ejemplos de gente que se mantuvo fiel a la doctrina, sana en el conocimiento y recta en su conducta moral, pero cuyos corazones cayeron en la deslealtad y se hundieron en el formalismo. Ser sanos en la doctrina no es una opción, sino una necesidad absoluta. No se puede crecer espiritualmente ni se puede obedecer a Dios sin una doctrina sana y sólida. Además, la bendición de Dios depende de entender bien su Palabra para poder ser guiados por ella. Él ha decretado bienaventuranzas y prosperidad a los que “leen, escuchan y guardan” las cosas escritas en su Libro (Ap. 1:3, Josué 1:7-8, Sal. 1:1-3).

Pero, así como Satanás pudo entrar al huerto del Edén para tentar a Adán y Eva y hacerlos caer, y así como tuvo acceso al Trono de Dios para acusar a Job y procurar su destrucción, así, él asecha a los que aman y buscan la doctrina sana. Él buscará desviar sus corazones hacia la apostasía, el formalismo, la hipocresía, la autocomplacencia y la arrogancia espiritual. Cuando él no logra corromper el alma con inmoralidad o doctrinas falsas, luchará por hacerlo con tibieza y fariseísmo. De manera que necesitamos suplicar a Dios que nos ayude a alcanzar y mantener no sólo la ortodoxia doctrinal, sino la ortodoxia del corazón, no sea que teniendo una doctrina correcta tengamos un corazón hereje.

Esto no es un peligro nuevo. Los santos de Dios han hablado sobre éste desde tiempos antiguos. Richard Baxter lo lamentó:

Créanlo hermanos, Dios jamás ha salvado a ningún hombre por ser predicador o porque predica bien... ¡Oh qué miseria tan perturbadora perecer en medio de la abundancia! ¡Morir de hambre con el pan de vida en nuestras manos, mientras se lo ofrecemos a otros y les urgimos que lo coman! ¡Que lamentable que las ordenanzas divinas, que deberían ser los medios de convicción para nuestra salvación, sean la causa de nuestras falsas ilusiones!

(El Pastor Reformado), J.I. Packer, hablando sobre la claridad que los puritanos ingleses del siglo diecisiete poseían acerca de esta realidad dice:

Los puritanos me hicieron consciente de que toda la teología es también espiritualidad, que tiene una influencia buena o mala, positiva o negativa sobre la relación o la falta de relación con Dios de los que la oyen. Si nuestra teología no despierta la conciencia y suaviza el corazón, va a endurecer ambos; si no nos motiva a vivir una vida de fe, reesforzará la incredulidad, si falla en promover la humildad, inevitablemente alimentará el orgullo (La Búsqueda de la Piedad).

Spurgeon nos desafía acerca de esto:

¿Qué hay de ti querido hermano? ¿Dices tú, “bien, no soy el más caliente de todos, pero tampoco soy el más frío”? Entonces tengo sospechas en cuanto a tu temperatura, pero dejo el asunto a tu propio juicio, haciéndote ver solamente que nunca he visto un fuego que sea moderadamente caliente... el fuego que yo conozco es tal que nunca he puesto la mano encima del mismo sin tener que recordar su cálido abrazo. El fuego nunca ha aprendido lo que es la moderación (Un Ministerio Ideal I).

Con razón nuestro Señor tuvo palabras de reproche para la “fiel, activa y ortodoxa” iglesia de Efeso:

...pero tengo contra ti que has dejado tu primer amor. Recuerda por tanto de dónde has caído y arrepíentete y haz las primeras obras (Ap. 2:4-5). Y a Laodicea le advirtió: Yo conozco tus obras, que no eres frío ni caliente, ¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca (Ap. 3:15-16).